

me dará, mientras viviere en este mundo, pensar continuamente en Ella, teniendo siempre abra-
sado el corazón en las purísimas llamas de su amor? Mas ¡ay dolor! que tantas veces la olvidamos, dejando entrar el mundo en nuestras almas. Indignos por esto mismo de contemplar su gloria y sus grandezas, nos queda solamente el humillarnos y tener paciencia en el abatimiento que nos da el Señor.

§ II.

Lo dicho en el párrafo anterior lo hallamos admirablemente confirmado en este pasaje del Evangelio: «Estando diciendo estas cosas el Señor, hé aquí que una mujer, levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: «Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron.» Pero Jesús respondió: «Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (1).

Ciertamente es grande la dignidad de la Inmaculada y Santa Virgen por ser Madre de Dios; mas comparada á las interiores gracias de María, le es inferior. Aquella dignidad, considerada en sí misma, y prescindiendo de todo lo demás, es una gracia *gratis data* que por sí misma no hace el alma agradable á Dios, mientras las grandes virtudes de Nuestra Señora arrebatan la divina complacencia. Y ciertamente, ¿de qué hubiera servido

(1) Luc., XI, 27, 28.

á esta Madre la grandeza de que hablamos, careciendo de otra más feliz, que consiste en llevar á Jesucristo en nuestras almas? Fué, por tanto, más dichosa teniendo la fe de su Hijo, que concibiendo su carne (1).

Aquella mujer que alabó á nuestra querida Niña, hizo referencia á su sagrado cuerpo; Jesús nos descubrió la gran felicidad y las excelentes virtudes del alma de su Santa Madre (2).

La felicidad es propia del alma. ¿Por qué, pues, el Espíritu Santo quiso que María fuese alabada por su vientre y sus sagrados pechos? Aquel vientre fué el trono verdadero del Hijo de Dios, de donde dimana toda la dicha de una Madre; y estos pechos alimentaron á Jesús, para que á su vez Su Majestad nos regalase con los dones de su amor (3).

Hé aquí algunos de los privilegios y milagros que tuvieron por punto de partida el seno de María. Fué la Santa Madre fecunda, mas siempre llena de pureza; llevó en su seno al Verbo del Señor, pero sin sentir las molestias que las otras madres sienten cuando están en cinta; le dió á luz, mas sin dolor, antes bien, con profundo y santo gozo. Está escrito en los Cantares: «Tu vientre, como montoncito de trigo, cercado de azucenas» (4). Y también es semejante á un horno que ha recibido el pan de vida, amasado con la le-

(1) D. August. De Virg., C. 3, in Joann., Tract. 10.

(2) Hugo et Cajetanus, hic.

(3) De Barberiis, hic.

(4) VII, 2.

che de María y cocido con el fuego del Espíritu Santo (1).

La mujer del Evangelio nos habla del seno de María, para indicarnos la compasión y ternura de esta buena Madre que lleva en su sagrado vientre á todos los miserables, por su gran clemencia; y por medio de su amor derrama en ellos abundantes gracias. «Las plantas de tu huerto son un verdadero paraíso de granados con fruto de manzanos» (2). Jesús fué el árbol único que produjo el seno inmaculado de María, pero son incontables sus renuevos. Ella dió á luz la misma vida, que nació para comunicarse al hombre; Ella es Madre de Jesús, y lo es también por esto de sus miembros, porque la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo (3).

«Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.» En estas palabras Jesucristo se manifiesta como Salvador del mundo. La mujer á quien responde hablaba de una felicidad particular, y que no podía comunicarse; el Señor le manifiesta que hay otra más grande y elevada, y la cual todos pueden conseguir. Así es como ennoblece las humanas miras, y las lleva á una elevación muy grande; y despertando en todos el deseo de la felicidad que anuncia, hace correr al mundo en pos de su persona.

Tales palabras hablan muy alto al reconoci-

(1) De Barberiis, hic.

(2) Cant. IV, 13. Versio Vatabli.

(3) Rom., XII, 4, 5.

miento y la gratitud de los hombres, descubriendo la inmensa generosidad del amor que Dios les tiene. Su Santa Madre fué concebida sin pecado, y llena de gracias y virtudes; correspondió admirablemente á todos los fines del Señor, mereciendo por su inefable santidad ser elegida para Madre de Jesús; y aunque la Encarnación del Hijo del Eterno es el principio y la razón de todo mérito, sin embargo, ¿dónde está la criatura que sobre ese mismo principio haya podido elevarse hasta el Señor, tan resplandeciente de gracia y de pureza como María? En cuanto á nosotros, ¿por ventura nos hemos preparado para recibir dignamente la gracia que nos prometen las palabras de Jesús? Y con todo, podemos obtenerla fácilmente. ¿Quién podrá contar las obras del poder de Dios, ni pregonar todas sus alabanzas? (1). Somos el objeto de su tierno amor: no considera los méritos ningunos que tenemos; y aun más, al exhalar aquel suspiro que llevan consigo estas palabras: «Bienaventurado el vientre que os llevó», en vez de oprimirnos tristemente el corazón, lo dilata en espaciosas regiones de inmortal ventura.

El hombre, pues, tiene que bendecir á Dios, exclamando con David: «Bendice ¡oh alma mía! al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo nombre..... Él es quien te corona de misericordias y de gracias, el que sacia con sus bienes tus deseos» (2).

(1) Ps. CV, 2.

(2) Ps. CII, 1, 5.

María siguiendo á su Hijo Divino en la predicación del Evangelio.

Ved ya, no á la Madre de Dios, á la Reina del ángel y del hombre, á la futura Maestra de la Iglesia, á la que es trono de la Eterna Sabiduría, sino á una humilde Niña que viene á escuchar la palabra del Hombre Dios con la sencillez de la más humilde mujer del pueblo: por esto la contemplamos confundida entre la turba. Enseñanza preciosa para todo el que se acerque á escuchar la voz del Señor. Él es la verdad y la suprema grandeza, delante de quien el hombre tiene que inclinar su frente; disposición indispensable para lograr que en el alma fructifique esa misma palabra que escuchamos: «¿En quién pondré Yo mis ojos, dice el Señor, sino en el pobrecito y quebrantado de espíritu, y que oye con respetuoso temor mis palabras?» (1).

Mas ¿no es María á quien Dios ha revelado los profundos y altísimos secretos de su amor; la que, como nadie, ha contemplado los misterios de la ciencia divina? Por otra parte, Jesús tiene que hablar en humilde lenguaje, acomodándose á la grosera ignorancia de las turbas: las parábolas, las imágenes, las comparaciones, en fin, irán acompañando siempre sus discursos (2); ¿por qué, pues, la Santísima Virgen los escucha siempre con atención tan profunda, cual si fuese la vez primera que llegaban á su oído? Su conducta, por tanto, es para nosotros un ejemplo saludable, y contiene

(1) Isa., LXII, 2.

(2) Matth., XIII, 35.

al mismo tiempo una enseñanza misteriosa. Por más que el hombre avance en el camino del Señor, le corresponde todavía escuchar estas palabras: «Te queda por andar un largo camino» (1). La Purísima Virgen, perfectamente instruída en las cosas celestiales, y santa como nadie, oye, sin embargo, con la atención y docilidad propias de un niño, la doctrina del Señor; tenemos, pues, nosotros que seguir su ejemplo, oyendo una y otra vez con la misma sumisión lo que el Señor en su bondad nos dice.

«La palabra de Dios, decía David (2), es encendida; es una viva llama que abrasa el corazón;» Siendo esto así, nuestra Niña, que tanto amaba á Dios, ¿pudiera no suspirar por escucharla? «Los que de Mí comen, siempre tienen hambre, y tienen siempre sed los que de Mí beben» (3). Su amor, pues, acrecentando cada instante sus incendios, era quien la llevaba cerca de Jesús. «Mi alma había quedado desmayada al eco de su voz», nos dice Ella misma en los Cantares; y añade: Suavísima es su voz» (4). ¿Cómo pudiera el amor quedar privado de tan dulces y castísimas delicias? La palabra del Señor es un foco de luz indeficiente, que mientras acostumbra nuestros ojos á sus bellos resplandores, los aumenta, descubriendo sin cesar nuevas y más hermosas maravillas, más dilatados horizontes que iluminan otros soles más brillantes,

(1) III Reg., XIX, 7.

(2) Ps. CXVIII, 140.

(3) XXIV, 29.

(4) V, 6, 16.

los que no son, con todo, sino pálidas antorchas, desprendidas del trono de la luz inaccesible del Eterno.

Siempre está sobre nosotros Dios; esto se descubre con perfección mayor escuchando la palabra del Señor, la cual nos va mostrando, á cada paso, grandezas y portentos inefables, profundísima ciencia, un poder inmenso, y una bondad, en fin, tan indulgente con el hombre, que lo rinde y obliga á ofrecerle la más profunda y humilde adoración. María, la humildísima esclava del Señor, siente su alma rebosar de dicha, tanto más grande y profunda, cuanto más elevada y admirable contempla la grandeza del Señor, y la hermosura de sus adorables perfecciones; hé aquí por qué tiene sed y hambre de la palabra de Jesús, y la escucha humilde, atenta, recogida; y hé aquí también por qué cada sentencia que sale de los labios de su Hijo, cada nota del amor divino, cada inspiración, en fin, que Dios le manda, estremece sus entrañas y las inunda de un gozo celestial y la deja suspendida en el Señor.

¿Queremos saber, por último, por qué la Santa Madre va siguiendo al Salvador? Ella quiere estar dispuesta para servirle cuando Su Majestad lo necesite: Ella es la sierva del Señor, cuyas necesidades tiene que atender, según el agrado y las indicaciones de su Hijo. Allá en su vida oculta en Nazaret, la Inmaculada Virgen ayudaba á su Sagrado Esposo con el trabajo de sus manos; hoy está dispuesta para servir en todo á Jesucristo. ¡Qué consuelo sería para esta Madre poderle aliviar en sus fatigas, proporcionándole, acaso alguna

vez, el alimento que llevara preparado! No siempre estaba Jesucristo en el desierto, ni á cada paso multiplicaba los panes y los peces, ni en todas partes era recibido con amor; porque no hay desierto para Jesucristo cuando está con su Divina Madre, la cual atiende á sus necesidades, y lo acoge siempre con cariño inmenso.

¡Oh tierna y amorosa Madre, que vas siguiendo las huellas de Jesús; que escuchas su palabra santa, llena de humildad y devoción: y aumentando siempre el inmenso caudal de tus virtudes! Llévanos en pos de Jesucristo: haced que corramos al olor de sus perfumes; que su palabra santa produzca en nuestras almas frutos de salud eterna: llévanos también en pos de Ti, porque te amamos y queremos siempre acrecentar las llamas de tu celestial cariño! ¿Por qué no escuchas, querida y tierna Niña, los suspiros de amor que te mandamos? ¿Por qué no ves las lágrimas que brotan de los ojos, en virtud de la inmensa ternura que os tenemos? Recuerda las angustias que sufrió tu corazón cuando, ausente de tu lado Jesucristo, no escuchabas su palabra, ni veías su rostro encantador; y después ten compasión de los hijos que te amamos. ¡Cuán dulce á nuestro oído es tu voz divina! Háblanos, pues, palabras de consuelo; Tú misma seas quien nos predique el reino de los cielos, y nos descubra los misterios del Señor; y nosotros, pendientes de tus labios, siguiendo tus ejemplos, seamos del número de aquellos de quienes está escrito: «Bienaventurados los que oyen la palabra del Señor y la practican.»